



NUESTRO HOMBRE DEL 98

CINTIO VITIER (*) (**)

La explosión del acorazado *Maine* en la bahía de La Habana, el 15 de febrero de 1898, resonó de muy distinto modo en España, en Cuba y en los Estados Unidos. Para España significó el próximo definitivo desplome de su imperio secular; para Cuba, por la intervención y ocupación norteamericanas, seguidas de la imposición de la Enmienda Platt, implicaría la frustración de los objetivos de las guerras de liberación iniciadas treinta años atrás; para los Estados Unidos, el camino expedito hacia un nuevo tipo de expansionismo que desde hacía casi un siglo venían proclamando como «destino manifiesto» sus estadistas y poetas¹.

El llamado «desastre» colonial español, sellado con las derrotas navales de Cavite y Santiago y con el Tratado de París del 10 de diciembre de 1898, abrió cauce a un replanteo del destino nacional y a una toma de conciencia de lo español, como rescate de esencias profundas y como posibilidad de inserción en la modernidad

europea. Visto retrospectivamente y desde tierras hispanoamericanas, juzgado además por sus frutos intelectuales y morales, no nos parece que fuera tan «desastre», e incluso nos suena a veces excesivo el tono pesimista, crudo, atormentado o nostálgico de los principales representantes de la llamada «generación del 98», sin que, hasta donde conocemos, un grito de respiro histórico se hiciera oír desde el fondo de aquellas bocas (las de Baroja, Unamuno, Azorín, Maeztu, por caso), tan bien prolongadas por el esclarecido *Idearium* español —estoicismo y cristianismo— de Angel Ganivet en 1897.

Los beneficios espirituales del «desastre» ofrecerán tonos más claros y constructivos en Ortega, D'Ors, Pérez de Ayala, y, desde luego, en los grandes poetas (imantados por el hechizo americano de Darío en su juventud), Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, padre este último tan discutido como discutible de la generación del 27. Y así nos acercamos al más hermo-

(*) Escritor y Presidente del Centro de Estudios Martíanos. La Habana (Cuba).

(**) 16 de julio de 1997. Escrito para la Conmemoración del 20 Aniversario de la Fundación del Centro de Estudios Martíanos.

(1) «Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el "nada sería más conveniente" de JEFFERSON; con "los trece gobiernos destinados" de ADAMS; con "la visión profética" de CLAY; con "la gran luz del Norte", de WEBSTER; con "el fin es cierto, y el comercio tributario" de SUMMER; con el verso de SEWALL, que va de boca en boca, "vuestro es el continente entero y sin límites"; con "la unificación continental" de EVERETT; con la "unión comercial" de DOUGLAS, con "el resultado inevitable" de INGALLS, hasta "el Istmo y el polo"; con la "necesidad de extirpar en Cuba", de BLAINE, "el foco de la fiebre amarilla"...» J. MARTÍ: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 6, p. 48. En adelante, o.c.

so ideal surgido del «desastre» español, la «República moral» que Martí soñara para Cuba en el *Manifiesto de Montecristi*, que sin duda quería también para España y cuyos gérmenes presintió en figuras como Julián Sanz del Río, Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos, Francisco Pi y Margall, Fermín Salvochea, sin olvidar a Concepción Arenal, a la que llamó «una señora de oro, con mente hecha a pueblos»².

Dos rasgos importantes de los señalados por Angel del Río en la generación del 98 habían aparecido ya en Martí: uno es su preferencia por la forma ensayística sobre los géneros imperantes en el siglo XIX; el otro, que esa preferencia se abre espacio dentro del «gran crecimiento» del periodismo moderno. «En la España de nuestra época —observa Del Río— el ensayista acudió al periodismo quizá por razones económicas, como los escritores de otros países, pero sobre todo influido por el espíritu de cruzada intelectual y de aleccionamiento sobre el destino del país que desde sus principios tiene toda esta literatura crítica.»³ No fue Martí un «ensayista» que acudió al periódico, y ciertamente en parte lo hizo por razones económicas, pero sin duda llegó a hacer de su periodismo un ensayismo de gran porte crítico y artístico, como se ilustra con sus crónicas sobre Emerson y Whitman, y de fundamentales contenidos ideológicos, como «Nuestra América».

Ya que «el espíritu de cruzada intelectual y de aleccionamiento del país» (o de los países de Hispanoamérica, en el caso de Martí) resulta análogo, el rasgo básicamente diferenciador está en que, de los

ensayistas del 98 español y sus sucesores, aunque el fondo de muchos de sus escritos fuera político y ocasionalmente participaran en la vida cívica, ninguno fue, como lo observa también Del Río, lo que se llama un «hombre de acción», en tanto Martí llegó a serlo en grado sumo, al extremo de morir combatiendo como soldado de la guerra que él mismo organizó. Es bien sabido que todo el pensamiento político, social y cultural que sustentaba su concepción de aquella guerra iba tanto contra el sistema colonial español (nunca contra el pueblo español) como contra el neocolonialismo norteamericano que Martí, al cabo de su larga estancia en los Estados Unidos en los años de tránsito hacia el capitalismo imperialista, avizoraba claramente.

Por todo lo anterior puede afirmarse que el único cubano preparado para afrontar política y culturalmente el viraje histórico del 98 era el mismo cuya muerte en combate tres años antes, tan involuntaria como trágicamente, había facilitado aquel viraje. Martí, en efecto, desde 1889, en carta a Gonzalo de Quesada, preveía con una lucidez escalofriante, rayana en videncia, la intervención y ocupación de Cuba por Estados Unidos⁴, y en su última carta a Manuel Mercado, pocas horas antes de ser ultimado por balas españolas, declaró el sentido antimperialista de toda su obra revolucionaria. Antimperialismo que, dada su penetración política y su conocimiento de las «entrañas» del nuevo «monstruo», ya no podía tener los mismos caracteres del anticolonialismo hispanoamericano tradicional.

Como diría Máximo Gómez, General en Jefe del Ejército Libertador, cuando ya

(2) O.c., t. 15, p. 184.

(3) A. DEL RÍO y M. J. BERNARDETE: *El concepto contemporáneo de España, Antología de ensayos (1895-1931)*, Buenos Aires, Editorial Losada S.A., 1946, p. 32.

(4) «Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el intento de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría», o.c., t. 6, p. 128. La cursiva es mía. C. V. El «Intento de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra» nos recuerda también el fracaso del Plan de Fernandina.

estaba en vías de consumarse la frustración del movimiento independentista iniciado en 1868, bajo la injerencia militar norteamericana: «Es un momento difícil, el más difícil después que se inició la Revolución. Ahora Martí hubiera podido servir a la Patria; *este era su momento*.»⁵ Comenzaba, en efecto, la mayor necesidad que de él tuvimos y tenemos, la de un antimperialismo que es la versión política del nuevo independentismo y la versión cultural de la modernidad a que aspirarnos, de la que Martí fue promovedor consciente y solitario.

Considerando, por otra parte, la causa inmediata del «desastre» español, llama la atención la ausencia, en términos generales, del tema norteamericano en la generación del 98; tema que, en vísperas de cumplirse los cien años de la explosión del *Matine*, la guerra hispano-cubano-norteamericana y el fin del imperio español, resulta ser cada vez más, para decirlo orteguianamente, «el tema de nuestro tiempo». Las razones que explican este vacío en la meditación de tan preocupados pensadores estaban, quizás, en el trauma interno, el primorriverismo y la problemática de los totalitarismos europeos que provocarían la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. Diríase que los Estados Unidos desaparecieron del horizonte mental de los hombres del 98 y de sus descendientes, con alguna que otra excepción, como la de Ortega y Gasset en pasajes de *La rebelión de las masas*. Curiosamente en este ensayo, eurocentrista por los cuatro costados, se descartan «las virtudes del mando» histórico en Norteamérica sencillamente porque era un pueblo joven que no había

sufrido aún.⁶ Se olvida la tragedia de la Guerra de Secesión, de la que se derivaron algunos de los testimonios novelísticos más amargos de los siglos XIX y XX, y el sufrimiento de los indios y los negros antes y después. Se omite lo mucho que ya en la fecha de aquel ensayo, 1930, el expansionismo yanqui, en sus varias fases, había hecho sufrir a su entorno geográfico del sur; y que substituyó a España en «el mando» histórico de toda Hispanoamérica, con sus nuevos métodos intervencionistas, empresariales y financieros. Lo que Ortega objeta a Norteamérica es sólo el auge en ella del hombre-masa, fenómeno social que, como todo lo bueno y lo malo de América, según él, procedía de Europa, única capacitada hasta entonces para seguir rigiendo el mundo, aunque de ello estuviese perdiendo conciencia y ahí estaba Ortega convocando al pensamiento occidental para recordárselo.

Más penetrantes y aleccionadoras resultaron para nosotros las páginas de Juan Ramón Jiménez tituladas «Límites del progreso» (*Verbum*, La Habana, 1937) y las de su «Diario poético» en la *Revista Cubana* del mismo año. Contienen las primeras un agudo diagnóstico y advertidora sátira del maquinismo y consumismo del «american way of life», del «hombre gris» que es su versión del «hombre-masa», y de su banal alienación creciente. Allí leímos:

Para vivir en esta máquina actual de New York, etcétera, dentro de esta máquina, se necesita mucho dinero, alimento digerido, propio de la máquina y el hombre gris se pone a inventar lo menudo innecesario, ya que vive en lo colosal innecesario.⁷

(5) ORESTES FERRARA: *Las relaciones con Máximo Gómez*, La Habana, Molina y Cía, 1942, p. 193. (La cursiva en la cita es mía. C.V.).

(6) «La rebelión de las masas», en *Obras de José Ortega y Gasset*, Madrid, Espasa Calpe S.A., 1932, pp. 1.145-1.146.

(7) *Juan Ramón Jiménez en Cuba*, compilación, prólogo y notas de C. VITIER, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1981, p. 64.

Había empezado Juan Ramón por rechazar la «poesía injeniosa», el «poeta injeniero», etcétera, lo que parecía capricho o mala sangre. Cuando estalla la Guerra Civil, intuye otra faceta histórica, política y ética de ese fenómeno que había detectado en las células o átomos del poema. Así, dando un salto cognoscitivo, escribe en Cuba (*Carteles*, junio de 1937):

Los países más armados de *exterioridad injeniosa*, con hombres de la piel hacia afuera, ganan cómodamente terreno, dinero, todo lo extenso superficial, todo lo que se llama fuerza España, con sus hombres de la piel hacia dentro, ha permanecido difícilmente de pie, fuerte pobre, en su menos sitio, sitio alto y hondo que hoy se cotiza menos.

Pero España, el hombre de España está demostrando en esta guerra, *baja del lado de los injeniosos*, hasta dónde puede «todavía» luchar el espíritu contra el ingenio, el hombre contra la máquina, y cómo se impone en la vida la vuelta humana, en la paz y en la guerra, al hombre...⁸

Y denunciaba Juan Ramón «la decadencia del progreso» como una «automáquina» que ya se estaba descomponiendo «y que no va a poder ni autodestruirse con precisión»⁹, y nos insinuaba la idea de una «poesía inmanente antimperialista»¹⁰. Y nos hablaba siempre de aquella España del espíritu, «fuerte pobre», que era la que nos gustaba, la que Martí había amado, la que volvíamos a encontrar en los escritores más entrañables del 98, como Unamuno, Azorín, Valle-Inclán. Pero ellos estaban ensimismados en lo suyo, con miradas a veces profundas hacia Hispanoamérica; nada querían saber, o muy poco y superficial,

del enemigo que nos había derrotado juntos en campos contrarios. Y leyéndolos, consumiéndolos en las voraces lecturas de la adolescencia, sentíamos como una extraña orfandad.

Los cubanos del 98 y sus descendientes, en cambio, no hemos podido darnos el lujo de olvidar ni por un minuto la amenaza que Martí previó como peligro creciente para Cuba, para «nuestra América», para «el equilibrio del mundo», y desde luego para «el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa»¹¹, según escribió a Federico Henríquez Carvajal el 25 de marzo de 1895, fecha del *Manifiesto de Montecristi* y de la despedida a la madre, que Unamuno juzgó «una de las más grandes y más poéticas opciones —en ambos sentidos del término oración— que se pueden leer en español»¹². Basta recorrer el imprescindible y magistral relato que de los sucesos del 98 cubano y de sus consecuencias inmediatas hizo Manuel Márquez Sterling en su libro *El proceso histórico de la Enmienda Platt* (1941) para sentir el sobrecogimiento de un drama que es el argumento nacional cubano desde aquella fecha y en los días que corren se está convirtiendo en argumento planetario.

Entre las varias escenas memorables recogidas por Márquez Sterling —cuya efígie de criollo fino, abrumado por una especie de rara melancolía entre política y artística, constituye el mejor resumen de aquel proceso— queremos destacar algunas que nos parecen significativas por diversas causas. La primera se refiere al debate sostenido el 18 de abril de 1898 en torno al proyecto de Resolución Conjunta sobre Cuba en el Congreso de los Estados Unidos. Para ponernos «en situación», Már-

(8) *Ob. cit.*, p. 8.

(9) *Ibidem*, p. 37.

(10) *Ibidem*, p. 28.

(11) *Ibidem*, t. 4, p. 111.

(12) M. DE UNAMUNO: «Notas estéticas. Cartas de poeta», en *Nuevo Mundo*, Madrid, 10 de octubre de 1919.

quez Sterling acude a una página de las *Memorias de una vida ávida* de Mrs. Julia Bundy Foraker, viuda del senador de Ohio que tan tenazmente defendió las soluciones más honorables en todo el conflicto. La memorialista recuerda las galerías repletas de un público popular y apasionado, rememorando «algunas caras de aquella Asamblea» en los siguientes términos:

En la galería diplomática estaba la Reina de Hawai, Liliukalani, amarillenta y triste, con el sello de su destino fatal, y la silueta exótica de una Pitonisa. El Embajador del Celeste Imperio, Wu Ting Fang, inquisitivo e insondable, de pie todo el tiempo en el pasillo de la galería, miraba la escena, de uno a otro lado, con la expresión de un Buda irónicamente divertido. Y alrededor del Buda y la Pitonisa, y de Matsui, plenipotenciario del Japón, vi la tez diplomática y pálida del señor don José de Andrade, Ministro de Venezuela, y los ojos ansiosos de los cubanos Quesada y Estrada Palma. Contemplé, alejado de todos estos países, a Sir Julián Pauncefoot, tan brillante, tan limpio, tan caballeroso, tan agradablemente gran británico; al Embajador de Francia M. Jules Cambon, que lucía en el ojal un ramo de anémonas; y al Dr. Holleben, el Enviado del Kaiser, que llevaba sus gemelos de ópera.¹³

El tema de aquella ópera era el destino de una islita mestiza y desangrada del Caribe. Por primera vez tantos ojos distantes, divertidos o desdeñosos se interesaban en aquella islita. Su interés, en realidad, salvo el de los «ojos ansiosos» de los dos cubanos y de algún que otro fraterno latinoamericano, era el de saber por qué interesaba tanto a los yanquis aquella islita. Eran los yanquis los que la estaban haciendo visible para el mundo. Al menos así podían creerlo los ojos distantes, pero en el pecho de

los dos cubanos que asistirían mudos a aquel debate debió resonar, como oleaje profundo, la voz anterior que había dicho para aquel momento, para aquel recinto:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio (...) hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.¹⁴

Si estas advertencias no bastaban, la voz también había dicho, y es impensable que los dos cubanos allí presentes lo hubieran olvidado:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en el plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo.¹⁵

La palabra «mundo» resonaba en aquella voz tanto como la palabra «Cuba». Y sin embargo el mundo sólo volvía los ojos hacia Cuba cuando su cazador empezaba a exhibirla en la trampa que le estaba preparando.

El Primer Acto después de la explosión que sepultó en la bahía de La Habana

(13) M. MÁRQUEZ STERLING: *El proceso histórico de la Enmienda Platt*, La Habana, Imprenta del Siglo XX, 1941, p. 21.

(14) O.c., t. 3, p. 142.

(15) *Ibidem*, t. 4, pp. 100-101.

a 266 tripulantes del *Maine* fue el debate en torno a la solemnemente hipócrita Resolución Conjunta cuya aprobación conmovió a tantos cubanos de buena fe. Segundo Acto: Cacería de cocodrilos en la Ciénaga de Zapata, organizada por el gobernador militar Leonardo Wood el 16 de febrero de 1901. En ese marco Wood invitó a Méndez Capote, presidente de la Asamblea Constituyente, y a los miembros de la Comisión de Relaciones, a un banquete en Batabanó, de donde los condujo a bordo del *Kanawba*, buque auxiliar de la escuadra norteamericana, rumbo a la Ciénaga, y en ese agradable paseo les entregó las cinco estipulaciones enviadas por el secretario de la guerra Elihu Root: es decir, la Enmienda Platt. Tercer Acto: Los comisionados cubanos son recibidos por el presidente Mc Kinley y por Elihu Root, en su nombre, para supuestamente aclarar o especificar los términos de la Enmienda a la flamante Constitución. Martínez Márquez los acompaña en calidad de periodista y escribe:

Es de presumir la emoción de los nuestros en presencia de aquel hombre que podía jugar con el destino de Cuba como jugaba con la cadena de su reloj. Afeitado y limpio el rostro, insistente la mirada, carnosas las facciones, desvaídos y escasos los cabellos, el Presidente ganaba con lentitud la simpatía y el entusiasmo de sus interlocutores, nacionales o extranjeros. Habló. Habló despacio, como si temiera perder en majestad lo que ganaba en tiempo y en animación. Resultaba interesante sin resultar atractivo. Podía reconocérsele a ratos verbosidad y de tarde en tarde acaso elocuencia, pero nunca elegancia. Más aún, alternaba entre pensar y decir; pero no decía lo que pensaba.¹⁶

Lo que pensaba, en verdad, era muy sencillo. Después de dos intensas y tensas sesiones de los comisionados cubanos¹⁷ con el secretario Root, en las que se cansaron de refutar sus falacias, comprendieron dos cosas: que la única alternativa a la Enmienda era la prolongación indefinida de la ocupación militar, y que la única independencia a que Cuba podía aspirar estaba basada en el autodeclarado derecho de intervención de Estados Unidos, incluyendo instalaciones navales en su territorio. *La intervención como base de la independencia* era el último resorte de la trampa. Sólo quedaba la recepción de despedida («aparatosamente sencilla», dice con vengativa precisión Márquez Sterling) y la retórica cena final. ¿A qué seguir? La voz de nuestro hombre del 98 ya lo había dicho; se trataba de «ensayar en pueblos libres su sistema de colonización»¹⁸. El primer ensayo exitoso fue en Cuba; tanto, que ya en 1934, firmada por el propio Márquez Sterling como embajador en Washington y el secretario de Estado Cordell Hull, la abrogación parcial de la Enmienda, ya ésta no era necesaria. Economía y política por sí solas habían tejido las mallas de la trampa. Nuestra condición de víctimas del 98 iba a durar hasta el 1 de enero de 1959.

Como reparación ideal a tanto agravio los cubanos mejores pudieron hallar siempre en Martí la promesa de independencia, soberanía, libertad y justicia, a la vez que los mejores votos para el futuro de España y de los Estados Unidos. De la todavía Metrópoli dijo en 1881 cosas que hubieran interesado a los hombres del 98 español, como cuando puntualizó la «lenta y magnífica batalla entre una época de gloria militar, dominio de castas y provecho ilegítimo de pocos, y una época de gloria del trabajo,

(16) M. MÁRQUEZ STERLING: *ob. cit.*, p. 208.

(17) Los comisionados, presididos por Domingo Méndez Capote, era los generales Pedro Betancourt y Rafael Portuondo, Diego Tamayo y Pedro González Ilorente.

(18) *O.c.*, t. 6, p. 57.

gobierno de la razón libre, y provecho legítimo de todos los hombres trabajadores»¹⁹; o cuando opinó acerca de las luchas sociales en la península en los términos siguientes:

El problema agriado y dificultado en otras naciones por colosales odios presenta en España, merced a la naturaleza hidalga y desdén de la fortuna material que distingue a sus hijos, un carácter menos violento y amenazador. La verdad llega allí más tarde, pero como ha derramado menos sangre, llega más segura. Resulta esto de que el amor a los bienes de la tierra que en definitiva resuelve, o acelera la resolución de todos los problemas, es señaladamente menor que en otros pueblos, en el sobrio y espiritual pueblo de España.²⁰

A lo que añadió en otra crónica del mismo año (recién fracasada la intentona de la Guerra Chiquita, que le valió su segunda deportación de Cuba), con más optimismo que acierto en el vaticinio, pero téngase en cuenta que confiaba en el trabajo de educación ético-social que los precursores de la segunda República no pudieron sistematizar nacionalmente en la península:

Dice bien de España este odio al odio. Los cabecillas de los bandos se pondrán a punto de morir; pero una vez a este punto, darán su vida por salvar del riesgo a que los han expuesto a sus rivales. España llegará al goce de la libertad sin aquella depuración enorme y tremenda de la República Francesa. Defendió la libertad con brío, antes que el resto de las tierras, y merece gozar de la libertad en más paz que ellas.²¹

Mucho es que quien llevó a la cintura y el tobillo una cadena de esclavo en el presidio colonial considerase así las posibi-

lidades históricas de España. En cuanto a los Estados Unidos, todo lo que pensó y dijo en contra de aquel naciente imperio con «colorines de república»²² lo pensó y dijo a favor de su verdadera democracia sin imperio, la que el sueño más puro de los peregrinos fundadores, la gesta de Lincoln, el pensamiento de Emerson y la poesía de Whitman (no obstante sus contaminaciones de «destino manifiesto», y como tal poesía) merecen. Como la obra pedagógica de Francisco Giner de los Ríos no logró encauzar las pasiones españolas, tampoco hombres como Bronson Alcott, igualmente admirado por Martí, pudieron hacerse oír en la cúpula dirigente de su país. No por ello perdió la confianza, o al menos la esperanza, en las virtudes potenciales de todos los pueblos, en cuanto manifestaciones de la especie humana, del hombre universal por cuyo «bien mayor», que es la justicia, luchó y murió. En su último mensaje a la opinión pública norteamericana, desde el campo de batalla el 2 de mayo de 1895, no dejó de tenderle, por última vez, su «mano franca»:

Una república sensata de América jamás contribuirá a perpetuar así [cómo lo intentó Maximiliano en México], con el falso pretexto de incapacidad de Cuba, el alma de amo que la sabiduría política y la humanidad aconsejan extirpar en un pueblo puesto por la naturaleza a ser crucero pacífico y próspero de las naciones. / Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo que los ama, y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplice de una oligarquía pretenciosa y nula que sólo buscarse en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad ínfima de la Isla, sobre la clase superior, la de sus conciudadanos

(19) *Ibídem*, t. 14, p. 94.

(20) *Ibídem*.

(21) *Ibídem*, pp. 441-442.

(22) *Ibídem*, t. 6, p. 162.

productores. No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía.²³

Quien así hablaba podía considerarse, en rigor, el mejor de los norteamericanos posibles. Y aunque no era un iluso, y conocía todas las tramoyas que había entre bambalinas, tampoco era un hipócrita. Después de la liberación de Cuba de la Colonia española, nada le hubiera dado mayor alegría que la amistad sincera de los Estados Unidos. Pero la historia salvo rarísimos momentos, no es, como diría Simone Weil, el reino de la gracia sino de la gravedad económica y política, si bien las injusticias también van acumulando sus gravitaciones, que un día se oponen y sobrepone a las otras.

Muy pronto —y lo peor, a solicitud del primer presidente cubano— se aplicó la Enmienda revelada en la Ciénaga con el auspicio de las fauces de los cocodrilos, y Cuba volvió a ser ocupada por el Ejército norteamericano, mientras la devoración de Puerto Rico ya se había consumado. Cien años después, la filosofía de la Enmienda por primera vez ensayada en Cuba —el supuesto derecho de Estados Unidos a intervenir para garantizar la independencia, la propiedad, la salud, los derechos humanos, la democracia, etcétera— en cualquier país del mundo, y especialmente del Tercer Mundo, se ha convertido en ley casi universalmente aceptada. Y decimos «casi» porque hay un pequeño país que no la acepta: el que primero sufrió la afrenta de su aplicación.

Cuando a los cien años del nacimiento de Martí y a los cincuenta y ocho de su muerte los estudiosos de su obra, dentro y fuera de Cuba, insistían en la dimensión literaria, José Lezama Lima llamó la atención, categóricamente, sobre su «fuerza

como impulsión histórica»²⁴. Poco después, Fidel Castro, a punto de ser juzgado por el asalto al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, declaraba que «el autor intelectual» de aquella acción era José Martí. El poeta veía en Martí ante todo el posibilitador de «los nuevos actos nacientes»²⁵. El revolucionario subrayaba su autoría «*intelectual*». Los dos, sin saberlo, coincidían. Martí era y es el máximo *intelectual de la voluntad histórica cubana*, voluntad y vocación configuradas por él en la medida en que supo identificarse con las aspiraciones e inspiraciones más autóctonas y universales de su pueblo.

Llegar a estas convicciones y a la posibilidad nacional de ponerlas en práctica necesitó de los cincuenta años de república desmoralizada. Hubo que pasar por las depresiones del escepticismo político cada vez más justificado, y por el concomitante realismo o naturalismo narrativo, más o menos presuntuoso, dolorido o cínico, hubo que pasar por la nueva injerencia frustradora de la revolución antimachadista, segadas en flor las principales cabezas de la primera generación republicana, hubo que pasar por la chatura, el robo y el crimen entronizados, por el entreguismo vestido de dril cien y de jaquet militar, engolada la voz de un submundo que venía de la ciénaga, hubo que pasar por el espejismo oratorio de una nueva Constituyente rodeada por todas partes de las consecuencias de la Enmienda, y de una flamante Constitución inaplicable; hubo que pasar por todos los carnavales de una democracia representativa sólo del desgobernio y la impotencia; hubo que pasar por el golpe seco de la fusta y los ríos de sangre que parecían enredarse en sí mismos. Sólo un dato era inmutable; la injusticia con los pobres. Sólo dos luces eran

(23) *Ibidem*, t. 4, p. 156.

(24) J. LEZAMA LIMA: «Secularidad de José Martí», en *Orígenes*, La Habana, 1953, núm. 33, p. 4.

(25) *Ibidem*.

claras: el arte de las mayorías y el de las minorías. Sólo una esperanza se abría paso en los orígenes del futuro: la misteriosa voz imantadora de José Martí. Los jóvenes de la Generación del Centenario la escucharon, la obedecieron, quisieron realizarla. Empezaron a realizarla.

En los umbrales del Tercer Milenio el nuevo 98 se nos presenta como ampliación a nivel planetario de lo que empezó con la explosión del *Maine* en la bahía de La Habana. El engendro de Orville Hitchcock Platt ya no es necesario ni siquiera para una mala película de «suspense». Ya no hay Enmienda ni «suspense». Ya no hay (parece) alternativa. El todopoderoso imperio con colorines de democracia sigue salvando al mundo. Los «marines» constituyen el ejército de salvación mundial.

Es por eso que en esta hora nos permitimos recordarles a los hermanos españoles que las necesiten las siguientes autorizadas advertencias de don José Ortega y Gasset, quizás más necesarias hoy que cuando fueron escritas, en 1932:

Estas viejas cabezas europeas no tienen derecho a ser ingenuas. La ingenuidad en el viejo se llama chochez. Las cabezas europeas vienen afilándose desde hace muchos siglos en el asperón de la historia y están obligadas a usar los ojos con agudeza, a no detenerse infantilmente en la su-

perficie aparente, sino a perforar ésta y deshacer las ilusiones ópticas en que se complace la naturaleza (...) Los europeos están obligados a ser muy inteligentes, porque son los hombres actuales de más larga memoria. De otro modo sucumbirían, porque no es fácil que puedan poseer con plenitud las virtudes de la mocedad. Los pueblos nuevos pueden, sin grave riesgo, ser menos inteligentes porque son jóvenes. / Como paletos, los viejos europeos se colocaban con la boca abierta ante los Estados Unidos...²⁶

A nuestros hermanos de Norteamérica, ¿qué decirles? Los mejores entre ellos saben que la situación espiritual de su país es la peor en esta hora de su máxima prepotencia hegemónica. Su mayor poeta después de Whitman ya lo dijo: «Cadáveres se han sentado al banquete / invitados por la usura»²⁷. Dios se apiade, porque la historia no lo hará, de lo que ha venido a ser en este siglo la patria de Lincoln, «el leñador de ojos piadosos»²⁸, como lo llamara Martí.

Y a nosotros mismos, conscientes de nuestros errores, peligros y deficiencias ¿qué decirnos? Queremos ser los hijos del único hombre cuyo pensamiento –pensamiento del corazón– es capaz de hacerle frente a los dos siglos del 98, el que ahora está agonizando y el que va a comenzar. El hombre que a su hijo carnal, en la última carta, sólo le dio un consejo: «Sé justo»²⁹.

(26) J. ORTEGA Y GASSET: «Sobre los Estados Unidos», en *Viajes y países*, Madrid, Revista de Occidente, 1959, pp. 129-130.

(27) E. POUND: «Con usura», traducción de José Coronel Urtecho en su *Panorama y antología de la poesía norteamericana*, (1934).

(28) *O.c.*, t. 6, p. 135.

(29) *Ibidem*, t. 20, p. 480.